

dieron todos la fuerza é fueron desmayados á maravilla, é cayeron en tierra espavoridos; é la escuridad fué tan grande, que non se podían ver los unos á los otros, é paróse el torbellino sobre ellos á derredor, de manera que los quería alzar de tierra. É fueran todos perdidos, sino por el abad de Sandanis é el obispo de Fores, que entendieron luego que aquella obra era de espíritu maligno, é fueron luego para ellos é hicieron el signo de la cruz, é llamando los altos nombres de Dios, que ellos sabian, como aquellos que eran muy grandes clérigos; é el diablo partióse luego de allí, é fué para el río, é no supieron mas qué se hizo; é tiróse aquella tempestad, é levantáronse luego en pié los de Corvalan. Después que tornó la claridad del aire, cataron é vieron la montaña, é conocieron bien los turcos que perecieran todos, sino por los cristianos que estaban hí con ellos; é dijoles así Corvalan: «Por buena fe, agora veo bien, é es cosa probada, que todos los turcos que aquí somos habemos la vida por vosotros, los cristianos, que nos salvastes en este desierto; é si Dios me defiende de mal, yo vos daré por ello buen galardón si tornare de este monte en salvo, é vos faré levar en salvo hasta vuestra tierra ó hasta do quisiédes; é pues que Dios nos hizo tan gran merced, subamos á la Peña.» É comenzaron de subir los turcos por el monte arriba, que eran cuatrocientos que iban con Corvalan, é mas de sesenta cristianos. É iba ahí don Harpin de Beorges, é don Juan de Alis, é el abad de Sandanis, que era de Normandía, é el obispo de Fores, é Folquer de Bles, é Remon de Pavía, é venian todos armados como á batalla; é la subida era muy fuerte, é subian uno en pos de otro, é non podian venir dos juntos ni cabian en la carrera, é aquello los embargaba mucho al subir. Sabed que nunca Corvalan hizo mejor cabalgada que aquella; é por ende, le hizo Jesucristo trocar su vida; ca después se baptizó en su tierra, é con él treinta mil turcos, de que hobo tan grandes escándalos en toda la morería. É Corvalan fué cercado en Oliferna, la su buena cibdad. Mas los hestoriadores que esta hestoria ordenaron no cuentan aquí mas desta razon, así como lo dijimos arriba.

CAPITULO CCXLIX.

Cómo Baldovin mató la sierpe.

Segun que es dicho lidió Baldovin con la sierpe desde mediodía hasta hora de nona; mas non se podrian contar todas las cosas que le acaecieron en aquella batalla; pero oid una maravilla: que por golpe que la sierpe recibiese, nunca le fallaron señal de ferida, é cuando vió que por la espada que tenía atravesada en la garganta non se podía defender con los dientes, alzóse en los piés detrás, é pensó meter á Baldovin debajo de sí con las manos; mas él, como caballero apercebido é que habia gran miedo della, saltó de través; é cuando la sierpe vió que non lo podía alcanzar ni tropellar, echóse en tierra en luengo, é firiólo con la cola en el escudo, de manera que le hizo arrodillar tres veces por caer, pero non lo derribó; mas quitóle el escudo del cuello, é si le alcanzara en tiesto el golpe, con la gran saña que habia la sierpe, fuera la batalla acabada de parte de Baldovin; mas estaba hí el ángel que le con-

hortaba, é cobró el escudo. É esta batalla non la principiara ni concluyera Baldovin por bondad ni por fuerza de caballería que en sí hobiese, mas mantovo la merced de Jesucristo, que quiso mostrar su milagro. É después que Baldovin cobró el escudo, alzó la espada, pero estaba muy maltrecho, é por mandado del ángel fué á ferir á la sierpe, que estaba ya muy cansada, del mucho correr é del mucho saltar que hiciera, é porque habia perdido mucha sangre é porque se partiera della el diablo; é cuando vió á Baldovin venir contra sí, fué á echarle las uñas en el escudo; así que, gelo foradó en dos lugares, é quitósele del cuello, é rompióle el tiracol con las uñas, é rompió cuanto alcanzó de la loriga, que era muy buena, así como si fuese paño de lino, mas guardólo Jesucristo, que le no alcanzó en carne, é quisole meter so los piés, é si pudiera, fuera Baldovin vencido entonces, que se non pudiera tener mas contra la sierpe, si non fuese por la virtud de Dios é del Espíritu Santo, que le mantovo, é acometióla Baldovin sin escudo, é ella tenía la garganta abierta, como es ya dicho, por la espada que se le atravesara en ella, é la punta della estaba metida en el paladar de la sierpe é en los quijares, de manera que aquello le hacia muy gran mal é muy gran estorbo, que la embargaba é non la dejaba resollar, por la sangre que la entraba en la garganta, é la sierpe no pudo mas estar en pié, é cayó amortecida; é Baldovin alzó su cara, é cuando aquello vió fué mas alegre que si hobiese ganado un reino, é dió salto é pasóle delante, é metióle la espada por la garganta, é empujóla adentro tanto, que la firió de la punta en el corazón; mas el corazón era tan duro, que la punta de la espada non pudo entrar por él, é desvióla contra los fígados, é tajóle dellos cuanto pudo alcanzar, é entonces murió la sierpe.

CAPITULO CCL.

Del llanto que facia Baldovin sobre la cabeza de su hermano.

Después que Baldovin hobo muerto la sierpe, así como habemos contado, sacó della la espada, é en tirándose afuera, perdió la vista é cayó amortecido sobre una losa, ca estaba flaco por la mucha sangre que saliera dél; é después que acordó, cató á derredor de sí, é vió la cabeza de Arnol, su hermano, que yacía sobre una piedra, é conocióla luego, é las señales de la cara é de la barba, é sobre ella comenzó de llorar mucho, diciendo así: ¡Ay hermano, en balde vos esperarán vuestros hijos é vuestra mujer, é jamás non vos verán.» É hizo muy gran duelo, mesando sus barbas é sus cabellos, é traía á su memoria sus maneras é su bondad; é dijo que cuando pasara el brazo de San George, que dijiera Arnol que non tornaría ante que se viese con los turcos é que hobiese adorado en el santo sepulcro; cuando se le acordaba desto, habia muy gran pesar, é estaba en hora de morirse por ello, porque quedaba vivo después de la muerte de su hermano; é cuando hobo llorado gran rato tomó la cabeza entre sus brazos é besóla muchas veces; é entre tanto subió Corvalan ya encima del monte, con los cuatrocientos turcos muy bien armados, como es ya dicho. É el conde Harpin, con sus compañías, otrosí, mas llegaron muy cansados por el gran trabajo de la

subida del monte, que era muy empinado, é por la gran calor que hacia, é luego que fueron arriba oyólos Baldovin, que estaba ya en pié, é nunca, desde que nació, hubiera tan gran placer como aquella hora, é comenzó de loar á Dios é bendecirlo porque tan gran conhoite le habia enviado; que sabed, sino por compañeros que le enviara Dios, nunca descndiera él vivo del monte Tigris, ca estaba muy cansado é muy mal llagado; é dijo estonce á sus compañeros que bien entendia que gran trabajo habian sufrido por él, é que Dios les diese el galardón; é ellos sosegáronse en la priesa del subir, é subieron mas paso; é llegaron el obispo de Fores é el abad de Sandanis, é fuéronle besar en la frente con gran homildad, é catáronle las llagas que tenía en los costados, mas non habia hí ninguno tan esforzado, que non le tremiese la carne de las llagas que veian. Pero, con todo, fueron muy alegres porque le fallaron vivo, é vió á Corvalan é echóse á sus piés, é quisiéragelo besar, mas non quiso él, é Corvalan asentóse á par de Baldovin; é el obispo de Fores é el abad de Sandanis catáronle las llagas que tenía en las espaldas, é fueron con él muy desmayados, ca se les amortesció luego entre manos. É los cativos é los moros miraron la sierpe, é vieron cómo era grande é espantosa, segun habeis oido ante desto, é hablaron de su fechora; é los turcos probaron en ella sus espadas, mas nunca tanto pudieron ferir en ella, ni de espadas, ni de dardos, ni de saetas, ni de arcos, que señal en ella pudiesen facer, poco ni mucho, é quebraron en ella muchos dardos é muchas espadas. É dijo entonces Corvalan á los cativos: «Por Mahoma, bien sé que el Dios en que vos creédes es muy poderoso é mayores virtudes face que Mahoma, é si non por miedo del soldan de Persia, agora me tornaria cristiano é creeria en vuestra ley; é otrosí, por miedo de la reina Halabra, mi madre, que es muy sabia, que si ella supiese que cristiano era tornado, habria tan gran pesar, que me buscaria la muerte, é non podría fuir á la su saña con cosa del mundo, que non me matase.» Esto tenía él creído de su madre, mas non era así. El obispo de Fores dijole entonces: «Señor rey Corvalan, la nuestra ley es muy buena, é viene propiamente de Dios.» Cuando los turcos ayeron lo que decia Corvalan, echáronlo á mala parte; así que, por eso lo cercó el Soldan en Oliferna, la fuerte cibdad, é fué destruida la tierra en derredor bien diez jornadas, mas de aquella guerra non habla mas en este libro.

CAPITULO CCLI.

Del gran tesoro que fallaron en la cueva de la sierpe.

Después que la sierpe fué muerta dijo Corvalan á su gente que fuesen á ver la mezquita donde la sierpe moraba. É ellos respondieron que era muy bien, é fueron allá luego, é hallaron oro é plata, é muchos paños precitados de seda é de muchas labores de oro é de plata; así que, habia por todo acerca de treinta acemilas cargadas; é todo aquello levaba allí la sierpe cuando mataba la gente, é plugo con ello Corvalan cuando lo vió, é mandó que aquel haber non quedase allí, que menester lo habian; porque en muchos lugares era el hombre mas honrado é mas preciado por ello. É envia-

ron muy apriesa por acemilas en que lo levasen; é mientras que las acemilas llegaban, descansaron ellos, é cataron las llagas á Baldovin, é mandó que gelas atasen, pero que non le desarmasen. É desque Corvalan lo hobo mandado é hecho dijoles: «Non tenemos ya que hacer aquí; vámonos para nuestra compañía, que dejamos de los llagados é mal trechos, é allí partirémos nuestro haber igualmente, de manera que hayan su parte los que allá quedaron, que tanto haya el pobre como el rico; después irémos todos en uno á Oliferna, é cuando vos viere mi madre será muy alegre, mayormente después que le hobiémos contado estas nuevas; pero bien sabe ella ya cómo ha acaecido, é si quisiédes ir á holgar conmigo, habrémos gran solaz, é placeme ha mucho. Respondieron ellos que farian muy de grado su voluntad, é cargaron su despojo de la sierpe, é fuéronse para sus compañeros, que decian que habian dejado en el llano. Mas el abad de Sandanis non quiso tomar parte de aquella riqueza, ni los otros clérigos, ante defendieron á los otros cativos que non tomasen nada. Respondiéronles ellos que non decian bien, é que con locura hablaban, ca ellos non lo tomaran á ninguno ni lo robaran; é ganancia era que les deparaba Dios allí é que de moros veniera, é bien sería loco el que lo dejase, é tales serian ellos si lo dejasen, pues que en su poder lo dejaron.

CAPITULO CCLII.

De cómo Corvalan pensó por el Emperador que eran sus enemigos.

Cató entonces Corvalan ayuso contra los llanos, é vió en los campos la hueste del soldan de Persia, en que habia mas de sesenta mil caballeros muy bien aderezados, é venia hí el Soldan mesmo, é el rey Abraham con él, á quien habia enviado el Soldan á decir que viniese allí al monte Tigris, é que él venia á matar la sierpe, que habia dañado toda la tierra. Cuando Corvalan vió tan gran multitud de gente hobo gran miedo, porque cuidó que era el rey Lion de la montaña de Segur, é Astrulam, hijo de Golias de Meca; é venian delante de la hueste diez mil arqueros, muy bien aderezados de lorigas é de yelmos, é de espadas é adaragas é de dardos, é traian fuego de alquitran para quemar la sierpe; é mostró Corvalan á los cativos é á los turcos la gran gente que parecía, é dijoles: «Catad cómo es todo el camino cubierto de moros; aquel es el gran linaje de Sorgales; en mal punto vimos la batalla de Sorgales é de Ricarte é de Golias de Meca; que todos rescibirémos agora aquí la muerte, é non podrémos escapar de tan gran multitud de enemigos. Por Baldovin nos vino este mal é todo este peligro, é por él morirémos aquí todos agora, sin podernos defender dellos.» É luego tornó su razon á Mahoma é dijo: «Mahoma, ¿por qué sufriste que yo saliese de mi camino derecho, é entrase en este desierto, andando por las montañas, como hombre sin entendimiento, usando lo que non me convenia ni me cumplia?» Estonce el abad de Sandanis, oyéndole esta razon, dijole: «Señor, non desmayeis; que aquel que todo el mundo tiene en poder vos acorrerá.» Dijo Corvalan: «Sabed que fice muy gran locura cuando subí á este monte, é non vos maravilleis si he miedo; que veo venir mi

muerte, de la cual non puedo fuir, é vosotros tambien moriréis aquí todos, de que me pesa mucho; é Ricarte ni mi compañia, que dejé en el vergel, jamás habrán de mí acorro; que veo nuestros enemigos ir contra ella por los matar.» E dijo despues al obispo de Fores: «¿Ay Obispo, Obispo! ¿qué consejo tomaré ó qué faré sobre esto? Mas quiero morir honradamente que estar aquí como cobarde deshonrado é desmayado; bien me dijo mi madre todo este peligro que me acaesceria, cuando me partí della.» Dijo entonces el abad de Sandanis: «Señor, tornadvos á Jesucristo, que es todopoderoso.» Respondióle Corvalan, é dijole que lo otorgaba, é que pedía merced á la virgen santa María, é que bien creía que Dios envió su Fijo en ella; é prometió á Dios allí ante todos que le daría tal don, si de aquel peligro escapase, é sería este, que se baptizaria, é hicieron estonce grande alegría los cristianos. E despues que Corvalan lloró mucho su muerte, é vió que se llegaban los turcos á su gente en el vergel, hobo tan gran miedo, que se tornó cristiano, porque geló metió Dios en el corazón, é dijo é otorgó allí que creía en la ley de los cristianos; é él, mirando continuo hácia abajo, vió cómo se apartaron de la hueste del Soldan hasta cuatrocientos hombres á caballo muy bien armados, é non cesaron de andar hasta que llegaron á la fuente, é hallaron hí á los que guardaban las tiendas que estaban muy espantados, los cuales tomaron sus armas, é aderezáronse para defenderse lo mejor que pudiesen; é entre tanto llegaron los que venían armados por miedo de la sierpe, que se partieran de la hueste del Soldan, é preguntaron en francés á los de la fuente qué gente eran, si eran moros ó cristianos. Respondió un turco, que era firaute: «Nosotros somos de la compañia de Corvalan de Oliferna é de su casa, é él es subido al monte Tigris con cuatrocientos caballeros, para lidiar con la sierpe, é dejónos aquí, é maravillámonos mucho cómo tarda ya tanto, é quiera Dios que torne sano é salvo.» Los del Soldan dijeron: «¿Es verdad esto que Corvalan subió á la peña?» Respondieron ellos: «Sí, é por Mahoma vos lo juramos que es verdad;» é dijieron: «Vos, que lo preguntais, ¿quién sois?» Respondiéronles ellos: «Somos del soldan de Persia, que trae gran poder de gente armada para matar la sierpe, é traemos mucho fuego, con que la quemarénos, é non estará tan escondida ni en tan fuerte lugar, que se nos pueda amparar.» Dijo Ricarte: «Loado sea Dios, muerta es.» E estonce fueron los del Soldan para la fuente á dar agua á sus caballos, é desde que la hobieron dado tornáronse cuanto los caballos los pudieron levar, é contaron las nuevas al Soldan, é fué muy maravillado, é hobo muy gran pesar de Corvalan, de miedo que era muerto, é mandó á su gente que le acorriesen presto, porque nunca él alegría habría si Corvalan se perdiese en aquel lugar. E estonce fueron los turcos de caballo cuanto pudieron hácia el pié del monte Tigris, é á la entrada de la senda descendieron de los caballos, é comenzaron á subir uno en pos de otro, que por allí non podían subir mas ni ir de así como es dicho. E Corvalan veía muy bien todo aquello, é dijo á su compañia: «¿Qué quereis vosotros hacer? Vedes aquí nuestros enemigos que nos buscan por matar; piense cada uno de

defender su cabeza, é el que defenderse non quisiere, maldito é deshonrado sea por do quier que vaya, é nunca vea la faz de Dios ni haya parte en su paraíso, ni vea sus hijos ni su mujer, ni torne á su casa. E sed ciertos que si Dios en este dia me libra de muerte é de peligro, que yo daré buen galardón á los que fueren buenos, é á los otros faré morir mala muerte deshonrada.» Despues que Corvalan hobo conhortado su gente, é vió la gente del Soldan cómo se apresuraban cuanto podían, por miedo que non le hallarian vivo, hobo miedo á maravilla; que bien pensaba él que eran sus enemigos, que habian sabido dél cómo era allí; é mandó á su gente que tomasen la sierra á toda parte para defenderse. E el obispo de Fores conhortó los cativos. Estando Corvalan en tal cuidado, aderezando de defenderse, llegaron las compañias del Soldan, é comenzaron á grandes voces á preguntar que qué gente era aquella que estaba encima de la sierra: «¿Por ventura es el rey Corvalan, mayordomo é alférez del soldan de Persia?» A esto respondió Corvalan é dijo: «E vosotros, que esto preguntais, ¿quién sois? ¿Quereisnos hacer mal? Sobid arriba é verlo hédes.» E dijeron ellos estonce que los enviaba allí el Soldan, no por mal hacer, mas por ayudar á Corvalan, alférez é alguacil mayor del soldan de Persia, cuyos ellos eran, que quedara al pié del monte, é que era allí con él el rey Abraham é el rey Jonás é el rey Savin, que le atendían que fuese á hablar con ellos. Dijo luego Corvalan: «Catad si es verdad eso que decídes, que el soldan de Persia está yuso en el vergel.» Respondieron ellos: «Verdad es de cierto, é trae grande gente de turcos para matar la sierpe, é nosotros venimos acá por mandado dél, é traemos fuego de alquitran, con que quemarénos la bestia endiablada.» Cuando esto oyeron los que estaban en la peña, hobieron muy gran alegría; é descendieron estonce del monte todos, é levaron consigo todo el tesoro, é fuéronse para do estaba el Soldan. E el Soldan, cuando vió á Corvalan, hizo muy gran alegría con él, é otrosí hobieron muy gran placer cuando sopieron que era muerta la sierpe. E asentáronse el Soldan é Corvalan aparte, é preguntó el Soldan á Corvalan que cómo se le ofreció de venir á aquel lugar; é él contóle toda la razon como le acaesciera, segun que es dicho; que luego que pasara á la fuente, que oyera á la sierpe cómo facía gran ruido con un cativo que tomara é levaba, é que entre aquellos cativos que andaban con él habia uno dellos muy ardid é de gran corazón, que era hermano de aquel que la sierpe levaba; é oyó las voces que el hermano daba, é con el gran pesar que tenia dello, que le había pedido que le dejase ir á acorrer al hermano, é que lo tenía por locura é non le quería dejar ir; mas tanto le rogó, que al cabo hóbolo de hacer, é armóse como él quiso, é que se fué. E que aquel cativo mató la sierpe, mas que escapó muy maltrecho é muy mal llagado. Cuando lo oyó el Soldan hobo dello muy gran alegría, é mandó que trajesen el cativo ante él; é fué Corvalan por él á la fuente do estaban los cativos muy desconsolados por Baldovin, que era muy mal llagado, é saludólos, é dijo á Baldovin: «Aquel Señor que hizo el cielo é la tierra te guaresca é te libre de muerte é de peligro.» E mandóle que cabalgase, é dióle el manto que traía, é le-

vóo al Soldan, é fueron con él don Harpin é Ricarte. E Baldovin, como aquel que era muy cansado, descalgó ante el Soldan; é aun non se desarmara despues de la lid de la sierpe, ni se lavara de la sangre que le corria de las llagas que la sierpe le ficiera, é la loriga era toda farpada é rota por aquellos lugares que le alcanzara con las uñas. Cuando lo vió el rey Abraham tan mal parado, hobo dél muy gran manciella, é el Soldan fué muy alegre con él, é abrazóle con muy gran amor, é dijole: «Cristiano, vos sois hombre de pro, é nunca vos querré mal en todos mis dias, porque tan bien me vengastes de la sierpe, que ha hecho muy gran daño.» E llamó á un su mayordomo, que decían Forañas, é mandóle dar treinta mil pesantes é dos caballos de los de Arabia, con que se fuese para su tierra.

CAPITULO CCLIII.

Cómo el Soldan é los otros reyes que eran con él soltaron los cristianos que tenían cativos.

Despues que el Soldan libró el fecho de Baldovin, llamó á un moro que decían Solacre, é dijo: «Dad á Ricarte, el buen caballero que mató á Sorgales de Valgrís é á Golías de Meca, hermano de Longin el Valiente, caballos é palafrenes, é oro é plata, é cuanto hobiere menester, de manera que sea muy pagado, é vestido muy bien á él é á sus compañeros; é por amor dél é de Baldovin, que mató la sierpe, aderezad á todos los otros muy bien de cuanto hobieren menester; é yo doy por libres é quitos todos los cativos de mi tierra, é suéltolos que se vayan para sus tierras en salvo los que irse quisieren.» Dijo allí estonce Corvalan: «Señor, dijistes muy bien, é otrosí, suelto yo todos los de mi tierra.» Dijo el rey Abraham: «Ya por mi non quedará; todos quiero que sean libres los cativos de mi tierra, por amor de Arnol, el buen caballero, é de su hermano, que vengó á mí é á él de la sierpe.» Cuando los cativos que estaban allí esto oyeron, ficieron muy gran alegría, é aquellos que hí eran despidiéronse todos é tornáronse para sus tierras en salvo; mas los que venían con Corvalan se fueron despues, así como oírédas adelante. Fueron luego sabidas estas nuevas por todas las tierras en derredor cómo habia muerto la sierpe un cativo, é las gentes que fuyeran con miedo de la sierpe tornaron á poblar las tierras que habian desamparado por ella. Corvalan encomendóse allí en gracia del Soldan, é fuese para Oliferna.

CAPITULO CCLIV.

De cómo recibieron los de Oliferna á Corvalan, é de la gran alegría que hicieron con él.

Cuando los de Oliferna supieron que venía Corvalan, saliéronlo á rescibir muy honradamente é hicieron grande alegría con él; é Corvalan, luego que entró en la ciudad, soltó los cativos de su tierra, é su madre, que era de muy grandes dias, vino á Ricarte é saludólo muy humildemente, é besóle muchas veces las manos é metiólo en su palacio, que era todo entoldado de paños preciados de seda; é los otros entraron con Corvalan otrosí, é fué tan grande el alegría por toda la ciudad, que sería maravilla de lo contar. Todas las rúas é las calles eran entoldadas é cubiertas encima de paños

de seda preciados, é la tierra cubierta de rosas é de otras muchas flores, é andaban juglares con muchas maneras de instrumentos de alegrías; los unos cantaban, é los otros esgremian con cuchillos é con espadas. E las doncellas, otrosí, hacían danzas, é andaban vestidas muy ricamente de sus briales, é mostraban sus cuerpos á quien quier que las quería ver, por honra de la fiesta é de la alegría que facían con Corvalan, su señor; é los otros luchaban é saltaban en muchas partes, haciendo todos alegría de todas maneras que podían hallarse; é por allí por do pasaban los cativos, las dueñas de la villa é los turcos echaban los mantos é las aljubas ante ellos por do pasasen; é despues descabalaron los cativos en sus posadas é desarmáronse; é la reina Hablaba, madre de Corvalan, mandó que se lavasen las manos, é que se asentasen á las mesas, é ella mesma sirvió ante los cativos, é fizo curar muy bien dellos; é despues que hobieron comido fuéronse para Corvalan, é dijiéronle que se querían ir, é pidiéronle que los diera por libres é quitos, así como lo prometiera á Ricarte cuando lidió con los dos turcos en la corte del soldan de Persia, porque se salvara él del riepto que el Soldan le ficiera, é fuera quitos; é respondiósle Corvalan que verdad era lo que ellos decían, é que los daba él por horros é por quitos, é los haría poner en salvo muy de grado, que muy bien le servirían é á su voluntad; mas que holgasen con él unos quince dias, é entre tanto que sanarian de sus llagas, siquier por razon de Baldovin, que era mal llagado de la sierpe; é despues que les daría de lo suyo porque fuesen mejor pagados, é que irían con su gracia. E el conde Harpin agradescióle mucho, é dijo á sus compañeros que bien sería que otorgasen lo que el Rey les mandaba, que muchas razones habia para ello; é sobre eso, que se fuesen á folgar á sus posadas, que Dios les faría merced que non se aquejaser; é el obispo de Fores é el abad de Sandanis é todos los otros toviéronlo por bien.

CAPITULO CCLV.

Cómo levó un lobo á un infante, é cómo fué el conde Harpin en pos dél, é de lo que le acaesció.

Desde que los cativos hobieron estado con Corvalan en Oliferna cerca de tres semanas, é fueron todos bien guardados de sus llagas, dijeron á Corvalan que les cumpliera lo que les habia prometido, ca ellos cumplido habian su mandado. E Corvalan respondiósle que le placía muy de grado; é mientras Corvalan los mandaba aderezar, acaesció un dia que Harpin de Georges cabalgó por se solazar, é salió fuera de la villa por la puerta de las huertas; esto era cerca de mediodía é facía muy gran calor, é non levó otra compañia sino su caballo, é non otras armas sino escudo é lanza é su espada; pero levó debajo de su vestidura un lorigon corto; é en saliendo por la puerta de la villa, acaescióle una gran maravilla: á par del muro á siniestro bañábase una gran compañia de donceles cerca de una albuera, en que habia un pescado, á que llamaban en francés vivero, é eran todos hijos de grandes hombres de la tierra, é entre ellos habia un infante, natural de Turquía, é era sobrino del rey Corvalan, fijo de su hermana, que era señora del reino de Sinadoc; é la madre de Corvalan amábale tanto

como á los días en que vivía; é este infante dejárale dormiendo su ama debajo de una oliva, é cubriólo con su manto, é paraba mientes á los otros niños que se bañaban é que andaban en aquella albuhera en barcos pequeños. E entre tanto que miraba el ama la alegría que los donceles facian, é mientras que Harpin salió de la cibdad, descendió por una peña un lobo muy grande é muy fuerte, que llaman las gentes de aquella tierra papion, é vino corriendo para aquel infante, é tomolo atravesado en la boca é fuése con él; é el niño dió voces muy grandes, é el conde Harpin viólo, é fué cuanto el caballo lo podia levar, con su lanza á sobremano. E el lobo, cuando le vió venir, non se dió nada por él, é ibase atravesando por los barrancos, que nunca cesó de andar fasta siete leguas grandes; é los otros que se estaban bañando fueron espantados de aquella maravilla, é acogiéronse para la cibdad, haciendo apellido é diciendo que el lobo levaba al hijo del rey Sinadoc é sobrino del rey Corvalan; é cuando lo oyeron los moros, armáronse luego gran parte dellos é subieron en sus caballos, é esto era en hora de nona; é tan espesa andaba la gente por las calles de los que iban é venian, que non podian andar, é llegaron las nuevas á la reina vieja é á Corvalan, é comenzóse Corvalan á quejar, llorando é mesando sus cabellos é su barba, diciendo: «¿Qué mala ventura fué esta?» E su madre, como sin seso, rompiendo sus paños con pesar, haciendo llanto. E Corvalan cabalgó luego apriesa é salió de la villa con sus turcos, é fuése en pos dél; é el lobo fuése todavía con el infante atravesado en la garganta; é porque el infante se le facia pesado ya cuanto, poniale en tierra á menudo, é despues tomábale, é ibase con él por los mas desviados lugares del monte, por do él entendia que se podría mejor esconder. E el conde Harpin seguiale todavía cuando el caballo lo podia levar, é pensándolo alcanzar de lugar en lugar, lo cual era como imposible, porque el lobo pasaba por tales lugares debajo de los árboles é entre peñas, que el caballo non podia entrar por allí, é por aquello non le podia alcanzar, nin alcanzara en su vida, sinon fuese por una aventura que le acaesció, é fué esta: que salió en el monte un jimio de travieso, é cuando vió al lobo cómo levaba al niño, agradóse mucho dél, é dió salto al lobo é quitóselo; ca era muy grande é viejo é espeso de miembros é de cuerpo, é habia los brazos espantosos, muy vellosos é canos de la vejez, é los piés largos é anchos, é la cabeza grande é la catadura fea é espantosa, é tenia los ojos cubiertos con las sobrecejas, que apenas le parecian, é habia las orejas blancas, é los dientes agudos, é las uñas grandes é muy fuertes; é desde que tovo el niño, fizo del buz al lobo por escarmio, como el jimio sabe facer, yendo por el monte muy alegre; é el lobo fué en pos dél. E cuando el jimio vió que le seguia el lobo, puso el infante en tierra é paróse, é comenzaron á lidiar con los dientes é con las uñas; mas el lobo estaba cansado del mucho correr que ficiera todo el día por la montaña, é non pudo sufrir la batalla tanto como el jimio, que estaba holgado é muy récio. E cuando entendió el jimio que era cansado el lobo, dió salto en él é trabóle de la garganta é afogólo. E Harpin, que venia cuanto el caballo lo podia levar, vió el niño, que estaba

solo en el campo llorando, é enderezó á él; mas non se pudo tanto apresurar, que el jimio non llegase ante al niño que él, é tomolo so el sobaco é fuése con él, é despues que vió que non podia fuir que el caballo non le alcanzase, subió por un roble arriba que era muy alto; é el conde fuése para allá derechamente, é descendió al pié del roble, é arrendó el caballo, que venia muy cansado á un ramo de un árbol, é miró arriba, é vió el jimio cómo tenia el niño ante sí, entre los brazos é estaba sentado entre dos ramas acostado, haciendo gran alegría con el infante; é el conde comenzóse de quejar, diciendo que por qué desamparara sus compañeros é se habia tanto alejado dellos por aquel jimio, que non sabia dó estaba, é era ya hora de viéseras; é en tanto que él estaba así quejándose, salieron del monte cuatro leones muy grandes, é cuando los vió venir contra sí hobo muy gran miedo, é dijo esta oracion: «Señor, Rey de gloria, que te dejaste poner en la cruz é herir de la lanza en el costado por sacar del infierno á tus amigos; así como yo esto creo que es verdad, así non me dejes tú aquí perecer.» E hizo estonce á derredor de sí un cerco con su espada é cruces en el nombre del Espiritu Santo, é el cerco era tan grande, que cabian dentro él é su caballo, é llamó el grande nombre de Dios, con miedo de la muerte; é los leones allegaron á él por tomarlo, mas quisole Dios guardar é la señal de la cruz que él ficiera, en tal manera, que non pudieron allegar á él nin al caballo, é comenzaron á andar al derredor del cerco, voceando de hambre; é el conde estaba á pié é vinole á la memoria san Hierónimo, é conjuró los leones en el su nombre, diciendo que, así como él sacara la espina al leon del pié cuando era enfermo é non podia andar, que así ficiese partir aquellos leones de aquel lugar; é luego que los leones oyeron mentar al señor san Hierónimo, fuéronse, que non osaron estar hí mas, é comenzó luego á escurer por una lluvia menuda que fizo Dios. Muchas maravillas vió aquella noche el conde: que le aparecieron sierpes é bestias fieras, que pasaban por una senda tan cerca de aquel lugar quanto un trecho de arco, é habia allí un lago, adonde venian á beber aquellas bestias; é en toda aquella tierra cinco leguas á derredor non habia agua dulce para beber; é tantas tentaciones sufrió el conde aquella noche, que fué maravilla, fasta que amanesció, é cuando amanesció, el jimio comenzó á descender del árbol con el niño so el sobaco, é queriale levar para sus hijos, que jugasen con él. El conde, cuando esto vió, fué á él, é aquejóle de manera, que gelo fizo dejar; é el jimio hobo ende muy gran saña é pesar, é comenzó á saltar á un cabo é á otro, pensando matar al niño; mas el conde defendiólo muy bien con su espada.

CAPITULO CCLVI.

Cómo lidió el conde Harpin con los ladrones.

El jimio era grande é récio é muy valiente, segun habeis oido, é el conde non tenia yelmo, sino sus paños de seda que vestía, á que llamaban diaspre, que eran labrados con oro muy ricamente, é debajo dellos tenia el lorigon, segun habeis oido; é el jimio hizo tres saltos, é al cuarto subió al conde sobre la cabeza, é ho-

biérale herido con las uñas, sinon por el escudo con que se encubrió, é cubriéndose dél, tan de récio saltó el jimio en él, que hizo al conde hincar los hinojos, é tomole el escudo é tiróse afuera con él, é dentellóle todo al derredor, de manera que le afeó é parecia muy mal, é tornó al conde muy sañado con la garganta abierta, é quisole tomar el niño por las faldas, mas don Harpin hirióle con la espada, é cortóle el brazo cerca del codo, é cayóle la mano del jimio en la ropa del niño. E estonce el jimio partióse del conde con gran dolor, como bestia llagada, é comenzó de lamer el brazo. E el conde fué á tomar su escudo é echóselo al cuello, é tomó el niño é subió en su caballo, é fuése por el sendero, que era usado de sierpes é de bestias bravas, que venian á beber al agua, como habemos dicho, é era de todas partes cerrado de espinos é zarzas; é aunque el conde queria salir de aquella selva, non podia sin mucho enojo é trabajo, porque habia muchas cuevas é barrancos é sendas, é jara mucho espesa; de manera que ante que el conde saliera de aquella carrera, fué su vestido todo despedazado é rompido, é el alcafar del caballo é las piernas de tal forma, que todo corría sangre; é en descendiendo á un valle, halló yerba, é descabalgó, é dejó al caballo pascor, é entre tanto hizo allí esta oracion, en que dijo así: «Virgen santa María, en que Dios recibió carne humana, é señor san Nicolás, que consejais las viudas é los huérfanos, guardadme de muerte é levadme á puerto de salud!» E mientras que él facia esta oracion, salieron de la jara diez ladrones, hombres muy fuertes é esforzados, que traian veinte camellos é diez búfalos que furtaran, é tres acémilas cargadas de paños de seda muy preciados; é todo esto tomaron á cinco mercaderes que habian degollado de gran madrugada. E el apellido desto fuera por toda aquella tierra, é buscábanlos muchos hombres de pié é de caballo. Mas ellos, como sabian muy bien la tierra, metiéronse lo mas abina que pudieron por los lugares yermos; así que, aquellos que los buscaban non los pudieron hallar en ninguna parte. E los cinco destos ladrones venian sobre sus buenos caballos, muy bien armados de lorigas é adaragas, é dardos é de arcos, é eran todos hermanos é hombres de alto linaje, é muy buenos caballeros de armas; é los otros cinco eran robadores é andaban descalzos en invierno é verano; así que, non les penaba correr por jara ni por cardos ni por espinos, é no habia cosa en el mundo de que tanto se holgasen como de robar; é luego que vieron al conde Harpin vinieron á furto; así que, nunca los vió hasta que fueron cerca dél; é cuando los vió el conde, fué corriendo para el caballo, que pacia. E ellos pensáronlo tomar á manos ante que pudiese enfrenar el caballo; mas él enfrenó é cabalgó á gran priesa, é el lugar donde él estaba era arredrado de la espesura del monte; é ellos diéronle voces, diciéndole que descabalgase; si non, que muerto era; é él entendió las voces que le daban é por qué, é fuélos á herir, é hirió al primero de manera, que lo mató; é aquel era el mayor de los hermanos, é cuando los otros aquello vieron, hobieron muy gran pesar é fueron muy sañudos, é acometiéronle de todas partes, tirándole saetas é dardos; é las montañas eran muy grandes é espesas, é los pasos así embargados,

que el conde Harpin non pudo salir de entr'ellos, é hiriéronle el caballo en mas de treinta lugares, é Harpin se defendió muy bien é muy esforzadamente, é arremetía á menudo á ellos, é mantenía el cuerpo como aquel que era muy buen caballero en armas; é tanto pugnó en lidiar con ellos, hasta que le retrajeron cabe una peña, é de allí adelante non habia ninguno dellos que á él se osase acostar, pero tirábanle de léjos dardos é saetas, de manera que le mataron el caballo, de que hobo muy gran pesar; é estonce subió un poco arriba por la peña, é paróse allí, é trabajó de se defender, é ellos tiráronle saetas é dardos muy fieramente; así que, le horadaron el escudo en muchos lugares, é hiriéronle con un dardo por el costado, é llagáronle muy mal, de forma que, si non fuese por el lorigon, hobíerle muerto; é él defendióse todavía muy bien, é halló á sus piés dos piedras, con que mató los dos dellos, é por aquello que fizo esforzóse mas, llamó al santo Sepulcro é dijo: «¡Ay Ricarte de Caumont é Juan Dalis, mis compañeros buenos é leales, agora fuédes conmigo aquí bien armados, ca luego seria yo libre destos descreidos!» Estonce le llamó el mayor de los cuatro hermanos, é preguntóle qué hombre era, que le habia muerto un hermano é dos compañeros, que eran muy buenos ladrones que habian hurtado muchos tesoros, é que nunca él comería hasta que le cortase la cabeza. Díjole Harpin que mentia, é nunca seria así, Dios queriendo; mas que viniese adelante é le tomase su espada si bueno era; é si gela tomase, que se podría alabar por do quier que fuese. E díjole el ladrón: «Par Dios, quien quier que seais, mucho sois de gran corazon, é decidme quién sois.» Respondió el conde é dijo: «Decírtelo he de grado si me dieres treguas, que non llegues á mí tú ni tus compañeros.» E díjole el ladrón: «Yo te dó treguas en tal manera, que yo nunca coma mientras tú estuvieres vivo.—Por Dios, dijo el conde, locura juraste; ca yo gran esperanza he en Jesucristo que él me librá de las tus manos.» E díjole el ladrón: «Pues decidmelo, é yo vos dó treguas por mí é por estos otros.» Dijo: «Yo soy Harpin, conde de Beorges, natural de tierra de Francia, é fui preso al poyo de Cevicot cuando fué desbaratada la hueste de Pedro el Ermitaño, é leváronme á Oliferna cativo con ciento é sesenta cristianos cativos, mas despues fuimos sueltos por muy gran aventura.» Díjole el ladrón: «¿Qué aventura fué esa? Decídmela.» Respondióle el conde que gelo contaría, pues que lo queria oír, é comenzóle así á decir: «Ya oistes contar de la cerca de Antioea, é cómo hí fué desbaratado Corvalan, é cómo levó allá toda la gente del soldan de Persia, é tornó con dos reyes é con Barhadin, el hijo del Soldan, descabezado; por lo cual fué Corvalan reptado de traicion, é hobo de dar un cristiano que lidió con dos turcos en la corte del Soldan, é los mató ambos. El uno habia nombre Sorgales de Valgrís é el otro Gofías de Meca; é por aquella batalla desta manera vencida, fuimos yo é mis compañeros sueltos; é ayer estaba yo en mi caballo fuera de la cibdad de Oliferna, cerca de una fuente, é aquel niño que hallastes conmigo, que es sobrino de Corvalan, que yacia durmiendo debajo de una oliva, vino un lobo é tomolo en la boca é llevólo; é levantóse el apellido, é yo vine